

EL ESCUDO CATÓLICO.



PERIÓDICO RELIGIOSO-MORAL, CIENTÍFICO-LITERARIO.

Sale este periódico los días 15 y último de cada mes, y consta de 4 pliegos ó sea 32 páginas con 64 columnas de buen papel y esmerada impresion, á cuyo efecto se reparará una hermosa cubierta de color impresa con el núm. 1.º de cada semestre.

Se suscribe en esta Capital en la librería de Ruiz llevado á domicilio, 12 rs. por 3 meses, 22 por 6, y 40 por todo el año.

Fuera de Logroño franco de porte, en las principales librerías 15 rs. por trimestre, 27 por semestre y 50 por todo el año.

Seccion 1.ª

ESTUDIOS APOLOGETICOS.

Introduccion al estudio del catolicismo.

Despues que Dios crió esos innumerables mundos esparcidos en la indefinida capacidad de los espacios; despues de haber criado la tierra; despues de haber separado la luz de las tinieblas, las aguas superiores de las inferiores; cuando cabó el hondo cauce de los mares, y elevó las altísimas montañas; cuando vistió la tierra con la variedad de yerbas, plantas y árboles; cuando bendijo la tierra, los mares y los ayres para que produgesen toda clase de peces, aves, animales y reptiles; preparado ya este magnífico palacio, "hagamos, dijo el Señor, al hombre á nuestra imágen y semejanza, y que los hombres dominen sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo lo que se mueve

en la tierra:" y de las manos de Dios salió el hombre, esta imagen suya, esta su obra maestra, el Rey de la creacion. Mas por magestuosa que aparezca la estructura exterior del hombre, no es el cuerpo el que lo hace superior al resto de las criaturas del mundo visible; no son sus hermosas formas las que representan la imagen de la divinidad; ni son sus sentidos los que le constituyen soberano del universo. Son muchos los animales que tienen vista mas lince, oído mas fino, olfato mas delicado, fuerza mas pujante, y velocidad superior. El pensamiento, la inteligencia, este destello de la divinidad es lo que constituye su superioridad. El cielo nos presenta sus brillantes faros, sin conocer su hermosura; los planetas van rodando sobre sus órbitas, sin saber nada de su armonioso concierto; la nube tempestuosa muge con atronadoras voces, sin oírse á si misma, destruye hermosas campiñas y grandiosos monumentos, y desconoce las terribles huellas que deja en su tránsito, la flor

nada sabe de sus encantadores matices. Solo el hombre puede dar razon de todas estas cosas; debil y flaco como es, aunque Rey destronado, aun conserva vestigios de su primitivo poderio. El hombre, ha dicho Pascal, es una fragil caña, pero es una caña que piensa. La dignidad del hombre consiste en su inteligencia; por el pensamiento se pasea por los cielos, pesa sus inmensas moles, y mide sus distancias; por el pensamiento sujeta al dominio de su voluntad el rayo, doma la ferocidad de los monstruos, vence al tigre y al leon, allana los montes, domina los mares, acorta las distancias, se pone en contacto y habla con todos sus semejantes. Y la vida del pensamiento, el alimento de la inteligencia es la verdad. Lo que el hombre busca con afan, con amor entrañable, es la verdad, esta carne de los espíritus, como la llama Malebarnche. La verdad en todo, en todos tiempos y en todos los lugares: la verdad en las ciencias naturales y exactas; la verdad en las artes, la verdad en literatura. El Oriente, Grecia y Roma, las escuelas de la edad media, el espíritu investigador de la Europa moderna no se proponen otro objeto. Platon, Sócrates, Pitágoras, Aristóteles se veian siempre rodeados de una juventud ansiosa. ¿Qué busca, qué pide, qué quiere esta juventud? La verdad. ¿Qué buscan los sabios en sus profundas meditaciones? ¿Qué buscamos nosotros cuando los consultamos, ó registramos sus libros? La verdad. ¿Qué se propone el director del *Escudo Católico*? Estender y propagar algunas de las verdades que ha podido adquirir en sus estudios. ¿Qué se proponen los suscritores? Ver si por este conducto pueden adquirir algunas verdades. Y cuando el hombre ha encontrado la verdad, no parece sino que reconquista su patrimonio. Nada puede compararse á su alegría, á su orgullo,

á su delirio. Es, dice uno de los mas profundos filósofos, es Arquimedes corriendo por las calles de Siracusa, gritando como un loco, *ya la he encontrado*.—Es Pitágoras ofreciendo una hecatombe por el descubrimiento del cuadrado de la hipotenusa; es Galileo, que no pudiendo abandonar su sistema astronómico, pinta el globo en las paredes de su carcel, diciendo á aquella figura animada por la verdad: *é pure si muovee*; es S. Agustin confundiendo á los Pelagianos; es Sto. Tomás en aquel rapto de gozò con que sorprendió á los convidados diciendo: esto es contundente contra los maniqueos.

Pero si es la verdad en general lo que con ansiedad inestinguible busca la inteligencia humana, las verdades morales y religiosas son las que mas ardentemente ha investigado el genio. El dogma, la moral, el culto, ved aquí los puntos centrales hacia los que convergen todos los demas nocimientos. La divinidad y sus atributos, el origen del hombre, su naturaleza; sus deberes para con Dios, consigo mismo y la sociedad; su destino sobre la tierra, su felicidad temporal, su último fin; todo esto ha sido objeto de las investigaciones de los sabios. Zoroastro, los Sacerdotes de los Indios, los de Egipto, Minos, Solon, Licurgo, Numa, los Druidas, Platon, Sócrates, es decir, los primeros ingenios de las naciones civilizadas, las escuelas mas distinguidas se ocuparon principalmente de las verdades religiosas. Si de los países cultos pasamos á los salvajes, se presenta el mismo fenómeno. Encontrareis pueblos que descuidan las ciencias y las artes; pero sin Dios, sin religion, sin culto, ninguno. Si en alguna parte habeis visto huellas humanas, tambien habreis descubierto allí la practica y el estudio de la religion.

A pesar de tantos esfuerzos, las

verdades religiosas quedan envueltas en una atmósfera tenebrosa; la razón en su mas alto punto, la inteligencia de los sabios, no solo no descubre la verdad, sino es que enseña el error, el error bajo innumerables formas. No es este el lugar de manifestar el intrincado camino que ha recorrido la mentira religiosa; será objeto de un artículo particular. Solamente lo hacemos notar aqui, para que se vea la impotencia de la razón para encontrar las verdades mas necesarias. El género humano las buscaba con ansiedad, y cada dia se alejaba mas de ellas. Asi hubiera marchado el mundo de error en error, si la verdad misma no se hubiera dignado presentarse en medio de las tinieblas. Saltó pues como un gigante de los collados eternos donde moraba la verdad; ostentose con todo el brillo de sus resplandores sobre la cresta del Gólgota, é iluminó á todo el mundo. Jesucristo que es la verdad encarnada, que es el camino y la vida, libró al género humano de sus mortales heridas, manifestó el camino que conduce á la adquisicion de la verdad, y enseñó la verdad á todas las gentes; hizo mas: previendo que la verdad encontraria muchos adversarios, fundó una Iglesia depositaria indefectible de la verdad, y propagadora de ella por todos los ángulos de la tierra; de aquí el nombre de Católica. El catolicismo no es otra cosa que la verdad religiosa en su mas alto punto. Desde el nacimiento del catolicismo se esforzó la serpiente antigua en hacer toda la oposicion que podia á fin de destruir la Iglesia; levantó contra ella á los gentiles para borrar de la faz de la tierra el glorioso nombre de Cristiano. Pero el Leon de la Tribu de Judá venció; la verdad perseguida se mostró fuerte como el Dios de ella; inventó

despues otro género de oposicion mas tortuoso. Instigó á unos hombres vanos y sobervios, para que bajo el nombre de filósofos hiciesen guerra á la verdad, predicasen en infames escritos una libertad desenfadada y una dissolution universal, y causasen una confusion general entre los hombres.

En efecto, estos pseudo-filósofos han pretendido trastornar con sus infames producciones el buen orden y la armonía entre los mortales, fomentar con sus impías máximas las pasiones, romper los vínculos de la paz y de la justicia, desatar á los súbditos el nudo que la misma naturaleza ató, para la obligacion en que los puso de someterse á las potestades superiores. Anuncian por medio de obras impías una igualdad que la naturaleza no conoce, y osan apoderarse de los bienes y de la vida del débil, del inocente... Ah! ¡y qué estragos ha causado esta falsa filosofia entre aquellos infelices que se han dejado engañar de sus impíos autores! Estos los han arrancado de la pacífica posesion de la verdadera religion, que está fundada sobre la justicia y la misericordia, los han privado de la fé que inspira paz y tranquilidad. ¡Qué agitaciones no han causado estas abominables máximas! ¡Qué movimientos no han ocasionado estas aserciones de unos hombres preocupados y corrompidos! Corren ya arroyos de sangre de mártires sacrificados á la ambicion, á la vanidad y á la soberbia; pues segun parece, estos mensajeros de Satanás nada menos se proponen que la destruccion del género humano. Penetran estos enviados de la obscuridad hasta en los lugares mas miserables, y las redes de tantos seductores están tendidas en todas direcciones para cautivar á los incautos.

Para cortar los progresos de tan-

tas maldades despertó Dios los corazones de varones celosos de su gloria y del bien de los hombres, que han defendido la verdad de nuestra Santa Religion; y manifestando por medio de argumentos poderosos y sólidos las abominaciones de esta nueva filosofía, y las execrables máximas de estos modernos incrédulos, han confundido sus detestables obras. En cada Nacion cristiana se hallan apologistas sabios, y defensores valerosos, que con sabiduria é intrepidez salen al encuentro de la incredulidad, y alcanzan sobre ella las mas completas victorias.

Nuestra feliz España, que siempre se ha mantenido firme en la pureza de su fe, ha producido en todos tiempos un número crecidísimo así de campeones esforzados de la Religion, como de mártires que sellaron la verdad con su propia sangre. Cuenta apologistas sapientísimos, defensores animosísimos, que con certeza, seguridad y ventaja saben luchar contra sus enemigos, y restablecer la paz en su patria y aun fuera de ella. Animados por el ejemplo de sus mayores, y el lustre que sobre sus glorias tradicionales esparce la nunca desmentida fe ibérica, velan con el mayor cuidado sobre las murallas de Jerusalem, y emplean su preciosísimo tiempo en la defensa y conservacion de nuestra sagrada Religion.

Entre unos héroes tan grandes, y varones tan elevados, parecerá el Director del *Escudo Católico* demasiado pequeño, y el periódico sobradamente inútil; pero como solo escribe con el fin de instruir á los indoctos que están en el mayor número, espera que los sabios disimularán y recibirán con benignidad sus escritos. Al ver las tendencias de algunos españoles desnaturalizados, dirigidas á descatolizar

la España, no ha podido resistir al noble impulso de arrimar su debil hombro al sostenimiento del edificio que se intenta demoler. Persuadido de que según los principios que se proclaman, ó las ideas que se prediquen, habrán de producir la civilizacion ó la barbarie, la virtud ó el vicio, la religion ó la impiedad, el orden ó el desorden, se ha creído en la obligacion de sustentar los buenos principios, y oponerse á las ideas subversivas. Nadie podrá negarlo: abierto está para todos el gran libro de la historia. Cuando una sociedad ha descansado en la sólida y ancha base de Dios, donde quiera que la religion ha sido el cimiento de la moral; esos tiempos han sido tranquilos, prósperos y felices, esa sociedad ha sido estable y bien reglamentada: en esa época ha habido ilustracion, lealtad, respeto á los ricos, caridad para con los pobres, veneracion á las potestades, fidelidad á la patria. En esa sociedad, en esa época y en esos tiempos ha reinado la paz, ha imperado la justicia, se han desarrollado rápidamente las ciencias, han progresado las artes, han prosperado las naciones.

Por el contrario, en aquellos tiempos y en aquellas sociedades, en que apegados los hombres á la materia, solo se ha cuidado del presente, sin pensar en el porvenir; cuando se ha prescindido de Dios y de Religion; cuando se predica á los hijos la independencia paterna, y los padres educan á sus hijos al estilo del Emilio, y de Sofia; cuando se pretende privar á la union conyugal de la garantia religiosa; cuando se hacen la apologia, y aun la apoteosis de todos los crímenes; cuando se dice á los pobres: sereis como los ricos, y á los ricos, sereis como los nobles, y á los nobles sereis como los reves, y á todos; sereis como

dioses, *eritis sicut dii*: cuando en los estados cristianos se hacen esfuerzos para arrojar al Salvador de las gentes, de los templos, de la industria, de los ejércitos, de la legislación y de la sociedad; esta sociedad es inmoral. En esta sociedad levantarán pendones unos contra otros los individuos, unas contra otras las familias, unas contra otras las alteradas muchedumbres, y cada hogar será un campamento de guerra. Y si para generalizar aquellas ideas trastornadoras, unas novelas suceden á otras, unos folletines siguen á otros, unos periódicos se hacen el eco de otros, y unos libros producen otros; y si la prensa antireligiosa les da mil aspectos y nombres, y se ponen en manos de la incauta juventud, si se traducen, se reimprimen, y se venden á vil precio, y si juntamente se infaman los sólidos escritos de los SS. Padres y se ridiculiza la doctrina de la Iglesia; esta sociedad inmoral y atea, será también un especie de infierno, *ubi nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat*.

Para impedir que tan detestables máximas se estiendan en nuestra amada patria, para impedir que tan nocivas simientes germinen en nuestro suelo; para que los españoles permanezcan firmes en la religion que heredaron de sus padres, y que en los dos mundos fue el emblema de sus gloriosas hazañas, hemos resuelto publicar el *Escudo Católico*. Nuestro objeto principal en su publicacion ha sido defender el catolicismo, que es el único que salvó al mundo pagano de la corrupcion general que lo gangrenaba: que es el único que salvó al mundo de la estúpida barbarie con que le amenazaban las hordas septentrionales: que es el único que salvó al mundo del sensualismo de los escuadrones

árabes: que es el único que puede salvar á las sociedades europeas de la espantosa ruina hácia la que con pasos agigantados van precipitándose; el catolicismo que no solo ha conjurado todas las tormentas, curado todas las hondas llagas de la humanidad, si no es que ha producido todo lo bueno, todo lo que de grande hay en la civilizacion moderna. El estudio profundo, y la esplicacion estensa de esta divina Religion es lo que nos proponemos en los artículos que iremos insertando en la primera seccion.

Muchas son ciertamente las apologías que en todos tiempos ha inspirado el celo de la Religion; ni tendríamos la necia presuncion de compararnos con sus doctísimos autores; pero ya sea por que no todos tienen noticia de ellos, ya por su gran coste, ó por otras causas, es innegable, que es corto el número de los que se han dedicado á su lectura, que tan necesaria es en nuestros tiempos. La Religion, ademas de ser el estudio preferente de un buen católico, cuando por tantos enemigos, y tan encarnizadamente se la persigue, es también el estudio que mas conocimientos científicos produce. Tanto los incrédulos, como los escépticos é indiferentistas se han valido de las ciencias naturales, de la Geografía, Astronomía, Geología, Etnografía, Historia, Literatura, Física y de la crítica para impugnar las verdades católicas. Quien estudia, pues, el catolicismo, necesariamente ha de adquirir un cúmulo de conocimientos científicos, que sean suficientes á resolver los problemas culminantes de aquellas ciencias, y con los que se haga ver la mala fé ó la ignorancia de los contrarios, y la solidez de los principios católicos. El estudio de la Religion en la actualidad es el gran repertorio de los conocimientos hu-

manos. Habiendo sido este estudio siempre nuestro fuerte, habiéndonos dedicado á él con preferencia, y considerándolo en nuestras meditaciones, bajo todos sus aspectos, hemos leído todas aquellas apologías de que hemos tenido noticia; hemos comparado, y hemos concebido un plan vastísimo, sintiendo no tener un pincel á propósito para desenvolverlo. Como quiera, hemos tratado de simplificarlo; y vamos á dar cuenta á nuestros lectores de él.

Dividiremos nuestra apología en dos partes; en la primera asentarémos las verdades que llamaremos fundamentales, y en la segunda señalaremos los caracteres divinos del catolicismo. Dios, la sagrada escritura, Jesucristo, el Papa; estos son los cuatro puntos capitales, que trataremos en la primera parte; sin Dios no se concibe religion alguna, ni aun la natural; sin la escritura no hay religion revelada; sin la divinidad de Jesucristo no hay cristianismo, y sin el Papa no hay catolicismo; la existencia pues de Dios, la inspiracion de los libros sagrados; la divinidad de Jesucristo y la institucion divina del Papado con todas las relaciones científicas y sociales que tienen estos cuatro puntos serán el objeto de nuestra primera parte.

En la segunda, que versará sobre el catolicismo en general, harémos ver la divinidad de éste por los caracteres sobrenaturales que lo distinguen: Probarémos con la estension que reclaman materias tan interesantes la verdad sobrenatural del catolicismo, la fuerza sobrenatural del catolicismo, y la caridad sobrenatural del catolicismo. Nuestro argumento reducido á fórmula será este: el catolicismo posee la verdad que afanosamente buscaba la filosofía y otras religiones, sin que jamás la hayan podido encontrar; luego el catolicismo

es divino; el catolicismo tiene una fuerza que supera todas las fuerzas humanas; luego el catolicismo es divino: el catolicismo posee una caridad, que no ha podido nacer en la tierra, una caridad que sobrepuja á todos los sentimientos humanos, de que infinitamente dista la filantropía filosófica; luego el catolicismo es divino. Luego es verdadero y perfecto, y el único perfecto y verdadero. Tal es nuestro programa. Por sencillo y limitado que aparezca no dejaremos de tratar todos los asuntos que de cualquier modo digan relacion con la religion católica, pudiendo entrar todos oportunamente en alguna de las dos partes y subdivisiones que abraza.

Complemento de este programa será la defensa del culto, y prácticas religiosas, que harémos en la segunda seccion, demostrando la conformidad que todas ellas tienen con las mas íntimas fibras del corazon humano, las bellezas y fundamentos del culto, y sus relaciones con las necesidades sociales.

Si en nuestro curso apologetico, encontrásemos con algun enemigo, que intente detenernos en el camino; nos pararémos, lo mirarémos de frente, nos prepararémos á la lucha, lo combatirémos, y continuaremos nuestra carrera: queremos decir, que si al desarrollar nuestro anunciado plan, se presentase algun asunto de interés actual, algun error religioso, que sea necesario desvanecer; ya sea observándolo nosotros, ya sea que nuestros suscritores nos avisen la necesidad ó utilidad de tratar alguna materia, nos dedicaremos con preferencia á ella, continuando despues nuestros emprendidos estudios.

Abrigamos la esperanza de que Dios y la Inmaculada Virgen Maria nos darán las luces y la fuerza que necesitamos para tan grande obra; tambien

confiamos en la cooperacion de nuestros favorecedores, que ya suscribiéndose directamente, ya sea prestando á sus convecinos el *Escudo católico*, procurarán se generalice su lectura.

Ya no resta sino protestar como protestamos nuestra sumision á la doctrina de nuestra Santa Madre Iglesia, sugetando cuanto escribamos á su sábia correccion: desde ahora retractamos cualquiera palabra ó proposicion que asentásemos contra lo que tiene enseñado ó enseñare. Péguese antes nuestra lengua al paladar que faltar en lo mas mínimo á la Cátedra de San Pedro.

S. P.

Seccion 2.^a

CULTO.

Música Religiosa.

§ I.

Con la antorcha de la historia en la mano recorrerán nuestros sucesores los lugares en que la Iglesia combate y triunfa en nuestros días, y á cada paso verán levantado un trofeo de su victoria, y al pié de él una fuente de felicidad. Y para no hacer mérito sino de los mas sublimes y portentosos, aquí encontrarán una columna, en cuyo pedestal se verá inscrito el himno de la inmaculada, entonado primeramente por la sonora voz del Vaticano, y repetido despues por el armonioso concierto de todos los pueblos y generaciones; allí se sentarán magestuosamente dos gerarquías episcopales sobre sus antiguas metrópolis. Sobre el Danubio una estatua de bron-

ce y medallas acuñadas eternizarán la paz del Sacerdocio y del Imperio; sobre el Sena repetirá un coro armonioso las palabras litúrgicas del Vaticano, al sonido de las cadenas quebrantadas en la tumba del galicanismo.

Estos y otros acontecimientos atraerán de lejos las miradas de los viajeros, como en el desierto de la Siria las monumentales ruinas de la antigua Palmira.

Y asi como los que contemplan estos monumentos, al aproximarse á ellos encuentran á cada instante nuevos recuerdos de singulares empresas, que todos concurren á formar una idea completa del grandioso hecho que se intentó perpetuar; lo mismo sucederá con los que acabamos de indicar. Como en su conjunto demostrarán el espíritu de la unidad católica concentrada en el Vaticano, asi en su análisis manifestarán mil particulares ventajas conseguidas por la Iglesia.

Una de estas ventajas nos parece ser el celo con que muchos católicos, y muy particularmente el edificantísimo Clero de Francia, procuran promover la restauracion de la unidad litúrgica y el canto Gregoriano. Verificándose esto hoy con un sentimiento profundo de veneracion á las tradiciones de la Santa Sede, y con las brillantes luces de una erudicion crítica que confunde la sofisteria de los centuriadores y enciclopedistas de Alemania y Francia, es natural que despierte el amor del canto antiguo, é intente dirigirlo á la primitiva fuente de Gregorio el Grande con la ayuda de la paleografía. Una prueba de este movimiento nos suministra el Antifonario Gregoriano publicado en Francia por el P. Lambillote sobre un antiguo codice del Monasterio de S. Gall. Era este el primer paso con que el religioso admirador de la melodia

Gregoriana tentaba el vado. El mismo declara cual era su pensamiento final en la reciente publicacion de su obra postuma intitulada: *Estetica Teorica y práctica del canto Gregoriano*. Despues de haber propuesto su objeto, y haber demostrado los medios con los que llegó á trasladar en notas modernas los neumas antiguos del codice sangalles, he aquí como se explica en su introduccion. "Cuando hayamos terminado el gradual y el vespertino, tenemos intencion de ponerlo á los pies del Pontífice, suplicándole lo haga examinar por una comision delegada de los Obispos de todo el mundo católico. Confrontada por estos, y corregida en lo que fuere necesario nuestra edicion litúrgica, podria obtenerse la aprobacion del Sumo Pontífice, quien sometiéndola al gran magisterio de la práctica, y adoptándola, como espresion auténtica de las melodias de S. Gregorio, podria enviar una copia á las principales metrópolis del mundo católico. Entonces quizas veriamos efectuarse aquel magnífico designio de la unidad universal en el canto litúrgico, y cesaria la indecorosa anarquía, que afea en ciertos paises, la mas grave de todas las funciones católicas, la Misa solemne, mezclando en ella ya motetes en lengua vulgar, ya interminables y fantásticos caprichos de organistas profanos, mas ocupados en llamar sobre si la atencion de los fieles, que de inspirar devocion al incruento sacrificio de los Altares."

Tal era la intencion de aquel erudito filarmónico, enamorado, dice él, *por gracia singular de Dios* de las sagradas bellezas de aquellas melodias. Ni por su parte hubiera dejado de realizarse el proyecto. Pero la Divina Providencia, satisfecha con el buen deseo, lo llamó al Cielo, para que allí

entonase melodias mas suaves y duraderas; y la *Estetica Gregoriana* publicada despues de su muerte por un hermano suyo, ha llegado hasta nosotros como el último esfuerzo que hace desde el sepulcro para conciliar el canto romano con la liturgia universal.

Monseñor Alfieri, *Prelado romano*, aunque desconfia de la autenticidad del *codice sangalles*, deplora con el P. Lambillote la música profana en las iglesias, y desea con él que se vuelva á la gravedad de la melodía antigua.

Mientras el P. Lambillote promueve con toda la escuela severa la restitution del canto gregoriano, no faltan defensores de la música moderna, los cuales creen ver en el celo de los primeros aquel mismo esceso, por el que desean se restablezca en arquitectura para la construccion de los templos el gótico ogival. Y ¿por qué preguntan, no se ha de adoptar en la Iglesia cualquier estilo musical, siendo así que se permiten diferentes géneros de elocuencia? Ciertamente en el uso de las varias formas oratorias, el sentimiento de la conveniencia, el gusto, la costumbre imponen al orador cristiano ciertos límites que rigurosamente lo separan del romancista y comediante; pero mas fácil es regular por la prudencia estos gustos, que determinarlos científicamente con definiciones y caractères filosóficos. Estos son en sustancia los conceptos de una obrita que acaba de publicarse en Bélgica, que en nuestro dictámen no solo son católicos, sino sábios y templados.

No dudamos, y nos persuade el celo acostumbrado de las diversas opiniones de los mismos católicos, que no tardarán en pasar los Alpes y los Pirineos, y dividirán igualmente los filar-

mónicos de nuestra España, tanto mas, cuanto que dejando á los italianos y alemanes libre la arena de la polémica, es natural, que en España se revive el amor y la reverencia á la melodía eclesiástica, segun que el espíritu católico vuelve á su antiguo fervor, aunque tan combatido por el partido volteriano. Este enemigo del cristianismo procura por todos los medios abolir la influencia de la Iglesia sobre los pueblos, ya combatiendo sus doctrinas, ya ridiculizando sus prácticas. ¿Qué cosa pues mas natural que llamar á exámen las instituciones calumniadas y ridiculizadas de su sapientísima é inmortal madre? ¿Y cómo podrán examinarse las instituciones de la esposa de la sabiduría encarnada, sin admirar, y reverenciar los misterios de sabiduría profunda, de utilidad y de belleza inenarrable que encierran?

No desagradará pues á los Españoles, que les espongamos las razones filosóficas de este movimiento filarmónico eclesiástico que se advierte en otras naciones.

Siendo el motivo racional, ó sea principio lógico en las materias prácticas el *fin* al que se dirigen los medios, daremos principio á nuestro exámen, investigando el fin de la música religiosa, y primeramente cual sea su concepto.

§ II

Que sea música religiosa.

Cuando hablamos de música religiosa, por música religiosa entendemos, cualquiera especie de música, con la que el afecto del hombre se dirija hácia Dios; que así la entiende y determina el Doctor Angélico en su tratado del canto eclesiástico. *Laus vocalis ad hoc necessaria est ut affectus hominis provocetur in Deum. Et*

ideo quaecumque ad hoc utilia esse possunt in divinas laudes congruenter assumuntur. (1)

Todos conocen, que para levantar el corazón á Dios puede adoptarse el canto ya en la solemnidad del sacrificio, ya en la salmodia, ya en otras funciones introducidas posteriormente por la piedad de los fieles, y tambien fuera de los templos en medio de las mismas ocupaciones domésticas, segun el consejo del Apóstol á los Colosenses: *Docentes et commententes vobismetipsos psalmis, himnis et canticis spiritualibus, cantantes in cordibus vestris Deo.* (2) y á los Efesios: *Loquentes vobis metipsis in psalmis, el himnis, et canticis spiritualibus, cantantes et psallentes in cordibus vestris Domino.* (3)

El uso de exortarse alternativamente con cánticos espirituales, lo vemos tambien adoptado frecuentísimamente en las misiones, ejercicios y otras predicaciones mas populares, á las que se reúne el pueblo con las canciones entonadas no solo en la iglesia, sino tambien en los caminos y plazas públicas.

§ III.

De cuantas maneras puede la música elevar el alma á Dios.

En tanta variedad de objetos sobre que puede ejercitarse la música, facil es conocer, que varia debe ser tambien la índole del canto. Mas para poder determinar con acierto el estilo que debe preferirse, consideremos antes los grados por los que el hombre sensitivo puede ser conducido, segun las impresiones musicales, á la altura

(1) Summa theol. 2. 2. Q. 91.

(2) Coloss. III. 16.

(3) Ephes. V, 19.

del sentimiento y concepto religioso, último fin, como hemos dicho, para el que la Iglesia adoptó la música.

Nadie ignora, que la primera impresion de la música, *en cuanto música*, está en el tímpano del oído, al que debe halagar con la delicadeza y proporción de los sonidos ya sucesivos, ya contemporáneos de la melodía y armonía. Bien podrán afectarse otros puntos del organismo animal con otras especies de impresiones, particularmente cuando las vibraciones del sonido son violentas; impresiones que podrán experimentar hasta los más sordos; mas estas no son impresiones musicales, ni pertenecen á nuestro objeto.

Deliciosamente afectado el oído, influye simpáticamente por medio del sistema nervioso sobre todo el organismo; y llenas están las historias sagradas y profanas de hechos admirables, que comprueban esta verdad. El harpa de David tranquilizaba la furia de Saul, y la música escitaba los sentimientos belicosos de Alejandro. Por esta razón no solo los legisladores y capitanes dieron leyes á la música, ordenándola á la pública utilidad, sino los mismos profetas del verdadero Dios preparaban su ánimo á recibir la divina inspiración, tranquilizándolo con la flauta ó con la cítara.

Esta impresión simpática toma varias formas en el sentimiento, según las varias imágenes que despierta en la fantasía, siendo la música por su naturaleza arte imitativa, que pinta con la variedad de sonidos, como el pintor con la variedad de tintes.

No es este el lugar apropiado para explicar el fenómeno, que suponemos cierto para los lectores instruidos; si alguno dudase de ello, le suplicamos reflexione sobre las impresiones que en ellos mismos producen distintos sonidos. ¿Podrá negar un no sé qué de

guerrero en la trompeta, de suave en la flauta, de magestuoso en el órgano, de flebil en el oboe? Esta variedad de impresiones simpáticas y de imágenes fantásticas, podrá ser excitada por la variedad de armonías y cantos.

Ahora, pues, habiendo, como saben todos, una proporción natural entre las imágenes de la fantasía y los conceptos de la inteligencia, entre las conmociones del hombre simpático, y las determinaciones de la voluntad, no habrá quien desconozca, que la excitación de aquellas afecciones sensitivas debe producir en el hombre una propensión espontánea á las operaciones análogas del entendimiento; pero esta propensión vaga é indeterminada jamás producirá un acto completo intelectual, ni una determinación de la voluntad, si en el primero no interviene la palabra mental, y en la segunda el consiguiente afecto moral.

Ahora bien; la unión del hombre con Dios que es el blanco principal de la música de los templos, como dice Sto. Tomas, no puede verificarse, según explica el mismo, sino por la unión del hombre intelectual; por lo que solamente podrá llamarse verdaderamente sagrada, verdaderamente religiosa, cuando se destinase, y sea oportuna á producir estos actos del hombre inteligente, y determinase á la voluntad á aquella unión.

Esto no depende precisamente de las notas que se cantan, sino de las relaciones musicales y personales de los que oyen el canto, cuya variedad puede hacer diversísimos los efectos de una misma música. ¿Cuál es el filarmónico, que no experimente cierto entusiasta ardor cuando de la tónica pasa á la dominante, calmándose por el contrario aquel entusiasmo, cuando las modulaciones vuelven de la dominante á la tónica?

Pues de la misma manera pueden variarse los efectos morales de la música por la diversa predisposición personal; y aquellas mismas notas armónicas, que deleitando el oído, conmovieron al hombre entre las ocupaciones temporales para conducirlo al templo, y elevarlo hácia Dios, bien pueden por un efecto contrario distraer la mente unida ya á Dios, reconducirla á las materiales impresiones de los sentidos; y de aquí trasportarla á objetos estraños. He aquí pues la necesidad de distinguir atentamente la disposición del ánimo, á fin de proporcionarle los medios musicales, que le sean mas conformes. Cuanto mas engolfados se hallen los fieles en el mundo exterior, los medios que se empleen para arrancarlo de él, deberán ser tanto mas fuertes y eficaces. Cuando al contrario, el corazón de los fieles se hallase ya desencadenado de las trabas del mundo sensible; entonces cuanto menor fuere la conmoción de los sentidos, y mas tranquila la impresión musical, tanto mas conducente será al fin último de su unión con Dios.

Esto mismo se observa en las sensaciones de la vista, de cuya oportunidad y conducencia son maestras la esperiencia y la Iglesia. La Iglesia, así como en los templos admite la música para deleitar el oído, de la misma manera adopta para deleitar el ojo la magnificencia de los ornamentos y decoraciones. ¿Quién podrá negar que el fin que se propone la Iglesia en el uso de aquella pompa sea el atraer las miradas de los fieles? Ni los mas timoratos escrupulizan en fijarlas sobre los ricos objetos cuando entran en el templo. Pero si principados los sagrados misterios el perfumado joven continuase dirigiendo sus miradas acá y allá, toda persona

honestamente condenará semejante abuso. Por esto la Iglesia que tantos cultos tributa á las sagradas imágenes, desea que se oculten á la vista del pueblo, cuando se espone á la adoración pública en el Santísimo Sacramento aquella Realidad infinita, hácia la que se dirigen los cultos de todas las imágenes.

Estas mismas aplicaciones deben hacerse con respecto á la música. Pretender que se escluya de la música religiosa todo aquello que podria atraer el oído y la simpatía, seria seguramente tan absurdo como querer el fin y rehusar los medios.

Pero los medios que observa oportunamente el Estagirita, no deben adoptarse indefinidamente, sino es en cuanto conducen á la consecución del fin. El fin del médico no termina en el deseo de sanar perfectísimamente al enfermo, sino en sanarlo efectivamente; por lo cual en el uso de los medicamentos tan solamente prescribe aquellos que son necesarios á una completa curación; si conseguida esta, prosiguiese prescribiendo emplasto &c., no solamente ridículo sino perjudicial seria este facultativo.

Médico destinado á sacar del fango de las criaturas al hombre para encastrarlo hácia Dios es la música religiosa. Aplicadla al oído para distraerlo con dulces cánticos del ruido de la tierra, para introducir disposiciones celestiales en la imaginación, y prepararle de este modo mas hermosos y limpios objetos, que le hagan comprender mejor la palabra sagrada: todo esto está bien. Pero si en el momento que esta se presenta clara al entendimiento, volveis á distraer el oído con orquesta estrepitosa, ¿no conocéis que os apresurais á destruir aquel paraíso interno, que artificioosamente le habíais edificado? ¿No ois

los gemidos de aquella paloma que dormia tranquilamente y que procurais despertar?

Compendiemos ahora lo que hasta aquí hemos dicho.

Música religiosa es aquella que se dirige á elevar á Dios el espíritu de los creyentes. La música puede hablar al oído, á la imaginacion, al afecto, y, acompañada de la palabra, habla tambien al entendimiento. Siendo este propiamente el que se une á Dios, música religiosa, será aquella que por su objeto final se proponga producir en el entendimiento conceptos religiosos, y en la voluntad afectos piadosos. Vario por lo mismo debe ser el modo con que se proceda, segun la varia disposicion del alma fiel: deberán adoptarse impresiones mas sensibles, siempre que los fieles se supongan engolfados en el mundo eterno, por el contrario, el compositor de música deberá guardarse de afectar vivamente sus sentidos, cuando el fiel se halla místicamente unido con Dios.

Tal nos parece ser el cánon fundamental que debe guiar en el uso de la música sagrada: cánon deducido del fin de esta música, del modo de obrar fisiológicamente en el hombre, y de las diversas condiciones en que este puede encontrarse. La evidencia de los datos de que hemos derivado esta ley fundamental, nos persuade, que será aceptado por los doctos inteligentes, dando como da razon de los diversos pareceres en que están divididos, y dirigiéndose á conciliarlos, mostrando ser racionales las dos opiniones relativamente á la diversidad de las condiciones á que pueden referirse.

Esta misma idea viene confirmada por los diversos usos de la Iglesia, Tribunal supremo, y competente en esta, como en cualquiera otra discusion sobre materias religiosas. La

44. Iglesia mientras estubo envuelta en las fajas y bajo el velo del santuario mosaico, ni decitaras, ni de órganos, ni de trompas hizo uso; pero desde que se hubo desenvuelto de los lazos de la infancia, supo usufructuar y santificar todas las formas de conciertos musicales, ordenándolos á la salvacion de sus fieles. No seria por lo tanto reverente para con una madre tan santa, quien vituperase lo que ella instituyó ó permite.

Habiendo sido vario el uso de la música adoptada por la Iglesia segun la variedad de los tiempos, parécenos asunto digno de un filósofo cristiano el estudio de las causas de aquella variedad: para lo cual creemos será muy oportuno dar aquí una brebe reseña de las clases de música que la Iglesia ha usado en diversos tiempos.

§ IV.

Varias especies de música usada en la Iglesia.

A cinco ó seis pueden reducirse los modos y estilos musicales usados en la Iglesia en diversos tiempos. El primero se llama *tono coral*, el cual consiste en una pronunciacion lenta, y mesurada, ayudada de una ligera inflexion de voz al terminar aquella pronunciacion, con el objeto de asegurar en un coro numeroso la ordenada pronunciacion de las sílabas. Arteaga supone, que este era el canto de los primeros fieles, cuando encerrados en las catacumbas ó casas privadas debian entonarse en voz baja las divinas alabanzas, ni por otra parte podian proporcionarse cantos artísticos, ni ruidosos instrumentos. El segundo es el canto firme, grave ó llano, cuyos

modos heredados de la música griega se redujeron por S. Gregorio al número de ocho, consagrándolos al uso de la Iglesia, y recomendados sucesivamente al clero por muchos Pontífices hasta Benedicto XIV.

El instinto natural con que el oído tiende á la armonía hizo añadir sucesivamente á ciertas partes de este canto un acompañamiento de terciá, cuarta y sexta, dándole por esta razon el nombre de *diáfonia* ó *falso bordon*. Fué esta, como se ve, una tentativa de aquel contrapunto que hoy se llama canto quebrado, intermedio entre el canto llano y figurado.

Mas el caprichoso calor de la fantasía musical, no se ciñó á estas templadas armonías, y arrastrada por aquel entusiasmo del que facilmente se embriaga el genio de las bellas artes, produjo muy luego bajo formas bastante libres y aun licenciosas aquel modo, que se llamó contrapunto caprichoso, en el que sobre el fundamento del canto llano sostenido por el bajo, se improvisaban las demas voces segun el capricho y fantasía de los compositores. Para refrenar aquella licencia reprobada por los Pontífices se inventó el contrapunto severo de Palestrina, cuya magestad suspendió los rayos de Marcelo II, que amenazaba desterrar de las Iglesias cualquier otro canto, que no fuese el *llano*.

El estilo de Palestrina, confinado en la capilla papal, cedió su lugar á una música menos atada á leyes de imitacion, y mas deseosa de alagar al oído. Y esta es propiamente la que produjo las grandes obras maestras de aquellos profesores, que sucediéndose por espacio de un siglo en Roma, Nápoles y Bolonia, (sin hablar de otras naciones) formaron una escuela, que aun hoy dia reclama la admiracion de todos los filarmónicos.

A esta, que con razon podrémos llamar la edad de oro de la música eclesiástica sucedió, efecto sin duda de la incredulidad progresiva, el deplorable abuso de la música teatral. En esta, para hacerla mas indigna del santuario, al estrépito de los instrumentos en que se pierde la palabra, y á la liviandad de las melodias y de los acompañamientos, mas *bañables* que *meditables*, se agrega el torpe recuerdo de aquellas escenas, que habian sido rebuscadas en las armonías profanas para manchar sacrílegamente los templos. Muchos son los honrados Maestros que procuran oponerse á esta corruptela, pero las universales quejas de los buenos católicos manifiestan, que son débiles aquellos esfuerzos para oponer un dique á la furiosa inundacion.

Estas á nuestro parecer son las principales vicisitudes de la música eclesiástica, y las principales formas que sucesivamente ha ido tomando. A las que, hablando de instrumentos, podremos añadir el uso introducido del órgano pneumático desde los tiempos del Pontífice Vitaliano en el año 657, cuya institucion y descripcion puede verse en los autores que ex profeso tratan de esto.

El sonido grave y magestuoso del órgano, fué posteriormente aumentado con el contrabajo al que se han ido añadiendo otros instrumentos.

Son tan bellas las descripciones que del órgano hacen Casiodoro, y Venancio Fortunato, que no hemos podido resistir al deseo de trasladarlas. *Organum itaque est, dice el primero, quasi turris diversis fistulis fabricata, quibus flatu follium vox copiosissima destinatur, et ut eam modulatio decora componat, linguis quibusdam ligneis ab interiore parte constructur, quas dis-*

ciplinabiliter magistrorum digiti re- | *suavissimam cantilenam.* Asi Casiodo-
primentes, grandisonam efficiunt et | *ro: Oigase ahora al Poeta.*

*Hinc puer exiguis attemperat organa cannis
 Inde senex largam ructat ab ore tubam.
 Cymbalicae voces calamis miscentur acutis,
 Disparibusque tropis fistula dulce sonat.
 Timpana rauca senum puerilis fistula mulcet,
 Atque hominum reparant certa canora lyram.*

Seccion 3.^a

PRELIMINARES AL CUESTIONARIO FILOSOFICO LITERARIO.

OBSERVACIONES LITERARIAS.

Como preámbulo á los problemas y cuestiones filosóficas, que examinaremos en nuestra Seccion 3.^a nos ha parecido conveniente presentar las observaciones literarias que siguen, con tanto mas gusto, cuanto son apagadas por los literatos de mas fama, y desenvueltas con profundidad filosófica por uno de los primeros talentos de la Península.

No hay cosa de que hagamos uso mas frecuente en los actos de la vida y en toda suerte de conocimientos, que de la fé moral, ora en el dicho de nuestros semejantes, ora en la esencia misma de las cosas que rara vez penetramos. Todo cuanto no entra directamente por los sentidos, ó no se deduce de un modo inmediato de los axiomas ó primeros principios innatos en nuestra razon, puede llamarse objeto de fé en una acepcion mas ó menos lata; y hasta en las materias físicas, las mas sugetas á los sentidos, confesamos que la naturaleza tiene tambien sus arcanos, y arcano es la misma facultad de sentir. La fé por tanto es en todas materias el comple-

mento de la razon, supliendo con sus alas lo que esta no alcanza con sus pasos; y asi tiene mas necesidad de fé humana quien tiene la razon menos espédita ó cultivada, y debe creer mas el que menos sabe. Pero como no hay ciencia aun de las mas exactas y tangibles que no sea inapeable, forma la fé el fondo y la base de todas ellas; y las hipótesis mas ingeniosas, los mas luminosos sistemas no son mas que dogmas interinos, digámoslo asi, para los cuales nos piden fé sus autores, sino queremos rodar de duda en duda y de abismo en abismo.

La misma literatura, producto de la imaginacion, facultad la mas libre de nuestro espiritu, que no solo se cierne en su vuelo sobre todo lo criado sino que crea à menudo, que no solo domina lo existente, sino que estienda su accion á todo lo posible, ni es tan libre que no encuentre un límite cual es el de la posibilidad ó verosimilitud misma, ni tan independiente y creadora que no necesite de la fé en su apoyo; antes bien la necesita á proporcion de lo que se levanta sobre la esfera de los sentidos: tan cierto es esto, que en el language moderno se han hecho inseparables los nombres de fé y poesia, porque no hay entusiasmo sin fé, ni poesia sin entusiasmo; y asi se reconocen por mas poéticos aquellos siglos y aquellos pueblos que se gobernaban por la fé mas bien

que por la razon fria, y se confiesa que la poesia se evapora cual precioso aroma de aquel corazon del cual huyó la fé ò llamense ilusiones.

Mas ¿ en quien ha de fijar la imaginacion esta fé que le presta sus alas? acaso en la autoridad, cuando prescinde de ella por su naturaleza, tendiendo siempre á la originalidad? acaso en las cosas mismas que á sabiendas inventa, adorando en cierto modo sus hechuras?

No seguramente: pero tiene fé en cierto tipo, en cierto modelo infinito al cual bien sabe que jamás llegará, y al cual sin embargo se esfuerza en conformar en lo posible sus creaciones; y este tipo á falta de otra palabra, pues que atendida la vaguedad de la idea pudiera apellidarse de mil modos, lo llamaremos belleza. A ella bien ó mal entendida tiende siempre la imaginacion como tiende el corazon al bien, como á la verdad el entendimiento.

Pero el primer constitutivo de la belleza es el órden y concierto; es decir, conveniencia de las cualidades de un objeto, de suerte que en nada repugnen la existencia. Todo lo imposible es monstruoso, todo lo bello debe ser verdadero ó posible, ya que la verdad en su sentido mas abstracto prescinde de la realidad y se confunde con la verosimilitud. He aquí soltada en nuestro concepto la contradictoria disputa de si la poesia ò creacion literaria reside en la ficcion ò en la verdad; ficcion será respecto de lo real, pero verdad respecto de lo posible. Llamábanla ficcion los antiguos, que tenian mas limitadas ideas del origen y destino del hombre, y no conocian otro mundo que el de los sentidos; pero nosotros consideramos que en la idealizacion de las cosas, contemplandolas no como son, sino

como pudieran y tal vez debieran ser, hay mas verdad, por que hay mas concierto y mas belleza, por que todo defecto es un desorden, un principio de muerte, un falseamiento de la esencia de un objeto. La imaginacion no se eleva de la tierra, sino por que está mal contenta en su crasa esfera, y se encarga de reconstruir todo lo trastornado y degenerado; es una memoria vaga de una existencia primitiva y mas perfecta, preludio de otra mejor y mas duradera.

La belleza no es pues la realidad, pero si la verdad absoluta ó relativa, existente ò posible; y como todas las facultades de nuestro espiritu prueban un objeto del cual derivan y en el cual, digámoslo así, se sacien, nuestra imaginacion nunca satisfecha no menos que nuestro corazon, no menos que nuestro entendimiento, demuestra la existencia de una belleza infinita é increada origen ó término de nuestras creaciones. Asi nuestras facultades cada cual por su camino vienen á parar aun mismo punto, y prueban á su manera al Hacedor, en quien es uno mismo el nombre de bien, de verdad y de belleza suma que le da cada una de ellas; y cuanto mas se acercan estas á su fuente mayor es la vida de que gozan. Ciencia, amor y poesia son dones que amenuado profanamos, ó idolos ficticios á quienes damos este nombre; pero comprendidos en su verdad y pureza, solo de Dios pueden emanar, y á él solo tenerle por último objeto.

La imaginacion es una facultad que como las demás puede estraviarse, siendo muy posible que lo que contempla como belleza, en si no lo sea; pero que siempre será cierto que aquella belleza la mira como verdad; que tiene fé en ella; de otro modo no se abalanzaria á abrazarla, ni la es-

cogeria por modelo de sus concepciones. En su creacion hay algo semejante á la del hombre por Dios: este no conociendo nada igual asi mismo hizo al rey de las criaturas á su imágen y semejanza; la imaginacion crea tambien á semejanza de lo mejor que en su esfera conoce: solo que en el primer caso la criatura como finita debia quedar inferior en grado infinito á su criador, y en el segundo caso siempre vale mas que el creador la criatura.

Bajo este concepto no andaba tan descarriado cual parece á primera vista el que colocaba la poesia en la imitacion, que no deja de serlo, por mas que el original nos sea desconocido y dificil á veces de señalar. No hay facultad que en su desarrollo y movimiento sea mas independiente de nosotros mismos que la imaginacion, ni en el cual valga tan poco el estudio y el cultivo; el entendimiento se forma, pero la imaginacion nace; y si las ideas de aquel se llaman adquisiciones, no se halló otro nombre mas propio para las de esta que el de inspiraciones, como que bajaban de lo alto.

Todo lo dicho manifiesta cuanta parte debe tener la fé sobre la imaginacion, como facultad que mas distante está de la fria razon y del alcance de los sentidos. El esceptísimo no destruye menos toda belleza que toda verdad; y cuanto mas vasta es la esfera de creencia en que gira la imaginacion, tanto mas bellezas y relaciones y armonia descubre, y tanto mas rica es de poesia. Nada hace al caso lo justificado ó erróneo de la fé: los Pueblos bárbaros, las creencias superstitiosas encierran mas poesia que todas las sociedades cultas, que todas las observaciones filosoficas. Juzgar que el culto de la belleza puede separarse de la fé en ella, admirarla y con-

trahacerla; y por otra parte declarar la ilusion, es la mayor de las ilusiones: y si de ejemplo necesitáramos, bastaria dar una ojeada al estado en que ha quedado la literatura en manos de nuestros desencantados poetas. Toda la hermosura de formas sin una alma, sin una fé que las vivifique, no será mas que la hermosura de un cadaver. La poesia es un sacerdocio, no una secta filosófica; cree y no discute, vivifica y no mata.

Nada hay en la literatura que no indique esta tendencia á confundir la belleza con la verdad, y á persuadirse de un objeto antes de cantarlo. ¿Qué otra cosa es el colorido uniforme que baña comunmente las obras de escritores contemporáneos ó compatriotas, cualesquiera sea la diversidad de su genio, sino el reflejo de las ideas ó creencias de su época y de su pais? ¿Qué otra cosa es el influjo que en las concepciones literarias posee todo cuanto nos rodea en lo exterior y que en lo interior ejerce la naturaleza de nuestros sentimientos ó la situacion de ánimo que en aquel momento nos afecta? ¿Por qué sino, se reputan mejores aquellas inspiraciones que salen de lo mas profundo del corazon, ó han pensado sobre nuestro espíritu mas largo tiempo? ¿Por qué, aun cuando quera- mos salir de nuestra habitual esfera ó transmigrar, por decirlo asi, á otro cuerpo, necesitamos poseernos de la nueva situacion, y colocarnos bien en aquel punto de vista conformándonos con la verdad hipotética? Y los preceptos que determinan las formas, la propiedad de caracteres, la propiedad de imágenes, la propiedad de estilo ¿qué otra cosa son sino leyes de verdad, proporcion y concierto, á que estamos obligados á sugetar nuestras creaciones.

Asi pues como la esfera de la ima-

ginacion es vasta á proporcion de lo que se cree, la perfeccion y originalidad de sus obras está en razon de la intensidad con que se cree. El genio tiene fé en la belleza misma, pero siendo su fé elevada, ni puede crearla encarnada en algunas formas y circunscrita á un punto, ni se conceptúa capaz de crearla artificialmente de la nada. Las imaginaciones rastreras idolatran en algun sistema ó en algun hombre privilegiado, confundiéndolos con la belleza misma, y abdicándose asi propias: las imaginaciones que nada creen sino en si, se lanzan á producir la belleza por medios artificiales, y esperan fecundizar á nada como el que intentara crear por medios de operaciones químicas: las unas pueden llamarse supersticiosas, las otras impías en literatura; y estos extremos sobradas veces suelen andar unidos.

Los sistemas y autoridades, cuando ganan escesivo crédito, lo roban á la belleza misma, y son otros tantos pesos atados á las alas de la imaginacion para impedir el remonte de su vuelo; y asi se aumenta el número de preceptos á medida de lo que decue la fé en la belleza, como crece el fàr-rago de leyes con la corrupcion de costumbres. Nunca como ahora se habia disputado con tanto encarnizamiento acerca de las reglas, nunca se habia dado tanta importancia á los hombres y á las escuelas, nunca se habia puesto tan en voga el furor de la imitacion: todo esto produce ideas mezquinas, obras pàlidas, parodias de lo mismo que se quiere imitar; todo esto rebaja la literatura al rango de manufactura, y no está lejos el dia en que pueda tegerse un poema como una tela, sin que entre en ello para nada la cabeza. Los sistemas son tan fatales á la fé literaria, como los partidos á la fé política, como las sectas

á la fé religiosa; pues circunscribiendo la esfera inmensa de la belleza á un círculo reducido, ó personificándola en algun modelo hediondo, la hacemos responsable de su estrechez misma ó de las faltas de que jamás carece su supuesto tipo. Reflejada la belleza de una en otra concepcion, pierde todo el brillo é intensidad de su luz; pierden su vigor y lozania los sentimientos trasplantados á otro corazon que aquel en que brotaron; pierden su vida las imaginaciones, porque pierden la espontaneidad de su direccion y la verdad de su esencia, siendo tantas las causas que en su desarrollo influyen, que acaso no haya dos parecidas sobre la tierra. Y no solo los sistemas vician lo presente y esterilizan el porvenir, sino que contaminan hasta lo pasado, evocando por decirlo asi, á los muertos para hacerles tomar parte en sus rencillas y combates, desfigurando sus inmortales obras para hacerlas entrar en su molde, y esplicando lo que concibió la fé, por medio del frio análisis ó de gratuitas teorías.

No seremos nosotros quienes neguemos ni la existencia de preceptos, ni la necesidad de la crítica, ni la deuda de veneracion á genios ilustres y á profundos observadores: pero si negáremos que constituyan estas cosas un elemento extraño que limite la independencia de la imaginacion, ó que sirvan de guía á su camino. En las concepciones literarias no reconocemos mas reglas que las que sean condiciones de existencias y nazcan de las entrañas mismas del asunto; y siendo los asuntos indefinidos, é indefinidos los modos de tratarlos, dicho está que fuerza podrán tener preceptos universales. La crítica no es mas que el juicio formado sobre la conveniencia ó disconveniencia de aquellas cualidades, y decide acerca de la verdad rela-

tiva de la producción, mas bien que acerca de la absoluta; así es que todo buen crítico debe colocarse bajo el punto de vista del escritor juzgado. En cuanto á la autoridad de los literatos que nos precedieron y al respeto á ellos debido, parécenos que será mas cumplido el homenaje si atribuimos á su fuerza de imaginación, mas bien que al apoyo de las reglas, la altura á que se elevaron, y su ejemplo sirve menos para trazarnos la senda, que para darnos esfuerzo y brio con que abrimosla. No debe olvidarse que la literatura no es una ciencia en la cual se vaya ganando terreno palmo á palmo, y cuyos adelantos se eslabonen con los pasados, sino un arte cuyas producciones son por sí solas aisladas y completas con su principio y con su término, no es un camino en el cual queden impresas las huellas de los que nos precedieron, pudiendo descansar en él á trechos para plantar grandes piedras miliarias, sino un espacio inmenso en el que se vuela y no se anda, sin quedar en él rastros algunos del vuelo. Las ciencias son una herencia que progresivamente se aumenta y se transmite; la literatura es un don puramente individual que nace y muere con su dueño. Y cuenta con atender demasiado á las cuestiones de escuelas y sistemas, por que todo el tiempo que gastamos en definir la dirección que seguimos, ó en rastrear lo que otros han seguido, perdemos de vista á la belleza, objeto y término de ella.

No se tema que nuestros principios, estableciendo una especie de fanatismo en la inspiración y un desprecio de toda autoridad y regla, tiendan á rebajar el estudio y á destruir el arte, escudando con el pretexto de original cualquier extravío, y monstruosidad. Cuanto mas fé se tiene en una idea, mas limadas y perfectas son las formas

con que se la reviste, así como adornamos de mas ricas joyas á la efigie que mas veneramos. Sucede en esto lo que con las ideas concebidas, á las cuales sigue de por sí la expresión mas exacta. Los sistemas vaciando en su molde las producciones, dispensando mucho trabajo, y á la sombra de sus códigos y entre la confusión de la lucha pueden abrigarse muchas medianías: pero cuando uno es literato por que piensa, y no piensa en como ha de ser literato, cuando no pregunta á la moda donde está la belleza sino que la señala, la conciencia de este trabajo suele estar en proporción de la fé que tiene en la idea y en la estabilidad de su belleza.

En otros tiempos cuando la literatura era reina en su esfera y daba leyes al gusto y á la opinión, en vez de recibirlas, eran regias tambien sus obras en solidez y magestad. El literato recibía el sello de su siglo sin buscarlo y aun sin conocerlo, pues se imprimía sobre sus ideas y sentimientos; pero ejercía á su vez sobre el siglo con sus producciones un influjo mucho mas activo y marcado que ahora. Estudiaba mas sus obras y no tanto á sus lectores; consultaba menos á la sociedad que á su imaginación; aspiraba á la belleza, los aplausos los dejaba al acaso, y producía tanto mas efecto cuanto menos se esforzaba en producirlo. Aquella fé viva, aquel culto desinteresado le inspiraban mejor que todos los reclamos de periódicos, que las mas brillantes proposiciones de un editor.

En vez del incienso anticipado de los anuncios, respiraba por largo tiempo el polvo de sus libros; vivía años enteros de una sola idea; en todo lo que veía y sentía durante aquel periodo lo refería á ella; investigaba la creación entera, y todo le parecía poco para adornar aquella idea querida;

sepultábase en el silencio de su estudio, como los astrólogos y alquimistas de la edad media en las entrañas de la tierra, y al cabo de prolongadas vigiliass y de misterioso trabajo volvía á la faz del mundo con su obra inmortal en la mano, clamando: «la hallé, la hallé» como Arquimedes. Ni les importaba acumular obras: como el viajero que en las llanuras de la Mancha ve desde el principio el pueblo en que ha de dormir aquella noche, desde su juventud primera veía tal vez el blanco al cual habia de dirigir los esfuerzos de toda su vida; trabajaba como las abejas sin pensar en si gozaria del fruto de su trabajo, ni se apresuraba á publicarlo; ¿no habia producido ya? ¿no gazaba contemplando su producción? ¿qué mérito podia añadirle el que le vieran y aplaudieran los otros? Y ademas todo no moria con él: quedaba su obra, quedaba una posteridad para admirarla, y ni aun comprendia que una vez mirada pudiera ser olvidada por la generacion siguiente, ni que estuviera sujeta la belleza al giro de los siglos. Sin hablar de los tiempos anteriores á la invencion de la imprenta, en que andaba perezosa y lenta la nombradía al par de la pluma de los escribientes, ¡cuántas obras aun despues no salieron póstumas! ¡cuántas no quedaron inéditas! Dícese que ahora se escribe mas abundantemente: dígase que se imprime mas, que todo se imprime; pues sumando lo inédito y lo impreso no se si caeria á favor nuestro la balanza. En una palabra los literatos antiguos aspiraban á la celebridad, los nuestros á la popularidad: medítese bien el sentido de estas dos palabras, y se hallará la diferencia que las separa.

Hase dicho que los ingenios sobresalientes ignoraban las bellezas que producian: no es esto exacto. De lo

que no se cuidaban era de lo que dieran de ellos los demas. La fe en la belleza, los hacia independientes del juicio ageno, creyéndose inspirados por un *numen* superior. Pero cuanto menos se creian dueños de la idea, tanto mayor estudio ponian en la perfeccion de las formas. Once años trabajó Virgilio en su Eneida, y algunas leves incorrecciones fueron causa de que la legara á las llamas, y Virgilio no podia conocer mas humildad que la que infunde la fe en el arte. El Taso, Milton y Camoens no dejaron en muchos años la lima de la mano. Chateaubriand, para la composicion de los Mártires, recorrió el Oriente y demas lugares de la accion.

El Director del *Escudo Católico* sabe de uno, que lleva ha diez años fecundando en su cabeza un poema épico sobre el mas grande hecho histórico que presentan los anales de los cuatro últimos siglos. Segun el argumento que nos ha delineado, debe ser una obra gigantesca, y de la que tanto necesita España, que hasta el presente no posee una epopeya completa. En su accion deberán entrar como partes principales el Concilio Tridentino, el Protestantismo, los Jesuitas, el descubrimiento del nuevo mundo, el infierno oponiéndose á los previstos triunfos del catolicismo, y el cielo conduciéndolo todo con maravillosa providencia al cumplimiento de sus altísimos fines; brotando tambien de aquellos hechos providenciales en interesantes episodios todos los acontecimientos que se han realizado hasta nuestros dias, y otros muchos que han de marcar el carácter del siglo XX.

Varias son las causas de la decadencia de la literatura, decadencia que en vano procuramos ocultar en el clamoreo de las disputas, y con los deslumbrantes ropages con que las enga-

lanamos; pero bien analizadas, todas se reducen á una misma, á la carencia de originalidad, á la falta de fé.

El escepticismo por una parte, el materialismo, ó positivismo por otra han apagado toda idea grande y elevada; no reconocen ni verdad ni belleza; y el poeta encontrando su alma vacía, no hallará en ella inspiraciones divinas.

Así se arrastra por lo general la literatura incrédula entre mezquinas copias de lo presente, y entre monstruosas adulteraciones de lo pasado, entre insulsos y cómicos cuadros de costumbres, y entre ampulosas y descabelladas leyendas.

Ninguno de los poetas, sin exceptuar á Voltaire es grande cuando es incrédulo, los rasgos mas brillantes de sus composiciones han sido dictados por la fé; así es que si se exceptúa algunos pocos libros escritos por hombres de fé, ninguno pasará á la posteridad. Será aprension nuestra; pero á vista de los montones de volúmenes que este siglo ha lanzado, en muchos de los cuales no deja de haber dulces encantos, nos sobrecoge el mismo pensamiento desconsolador que asaltó á Xerges, á vista de su ejército de dos millones antes de pasar á la Grecia: ¿vivirá alguno de estos de aquí á cien años?

Nada grande, nada bello, nada noble, nada duradero se puede producir bajo las impresiones del escepticismo y materialismo.

Si las novelas de Balzac, Sue, Jorge Sand y Dumas encuentran tantos lectores, no es porque se hallen adornadas de aquellos primores que constituyen la verdadera belleza; calcadas sobre el sistema dominante de los gozes materiales, vaciados en un molde material, todo en ellas es material; así es que están sumamente recar-

gadas con pesadas descripciones de objetos materiales: describense con empalagosa difusion pelo por pelo y uña por uña los miembros de los actores, y los mas insignificantes adornos de sus vestidos: describense fastidiosamente todos los puntos locales, no solamente del teatro de la accion, sino cuantos accidentes se presentan por mínimos que sean: si un actor se pasea por el campo, se han de pintar las nubes que cubren el Cielo, los árboles que dán sombra, los riachuelos que serpentean, los pájaros que vuelan, las flores que embalsaman, la atmósfera, todos los objetos que haya en tres ó cuatro leguas al rededor, todas las sensaciones que esperimenter ó pueda experimentar el protagonista; si este ha de figurar en una quinta, Café &c, todos los personajes que haya en ella, los caballos, los perros, los gatos, el papagayo, los departamentos, la alcoba, las cortinas, la cama, el pavelon, las ventanas; el rayo de luz que entre por ellas, los clavos, los atomos, todo ha de ser minuciosamente descrito, y aun á veces á un capítulo de descripciones de objetos existentes, si-gue otro capítulo pintando profusamente los que se echan de menos.

Quitad todas estas descripciones, y quedará reducida toda la accion principal á dos páginas.

Si gustan, es porque los lectores se hallan en las mismas disposiciones, no buscan sino sensaciones materiales; pero los verdaderos inteligentes, además del espíritu antimoral è irreligioso que dominan en tales producciones, descubren considerables defectos literarios.

Sección 4.^a

LECTURA RECREATIVA.

LORENZO Ó EL CONSCRITO. (1)

La tempestad y la conscripción.

Caminaban por un valle silvestre, al que muy de mañana habían ido á divertirse el Marques Lamba y su hija Isabel, y apresuraban el paso, temiendo ser alcanzados de la lluvia, ó por mejor decir de uno de aquellos aguaceros del estío, que estallan en los montes, precipitándose en espantosos torrentes. Eran las tres de la tarde de uno de los últimos dias de Agosto; espesos y negruzcos nubarrones cubrían gran parte del Cielo y los montes comarcanos, y un viento fuerte los arrojaba en furiosos remolinos hácia el valle. Mugían los bosques, deslumbraban los relámpagos, retumbaban los truenos entre los profundos barrancos; huían los ganados á lo mas espeso de los bosques bramando y valando, mientras los perros corrian en todas direcciones, obligando á las bagamundas cabras á reunirse con las demás; y las aves se escondían en las ramas mas frondosas.

En aquel espanto de la naturaleza, la pobre Isabel aceleraba el paso desfavorida, apretándose al brazo de su padre, cerrando los ojos al siniestro brillo de los relámpagos, y temblando al estampido de los truenos y de los rayos que herian las rocas. Llegaron finalmente á un hondo barranco, cerrado por dos altísimas peñas, que des-

de el monte bajaba hasta los campos, y estaba lleno de piedras y durísimos guijarros, que habían amontonado las avenidas. En un punto próximo á él llano se unían las dos peñas por medio de un puente que daba entrada á una gran posesion de D. Juan, y por donde pasaban los trabajadores, y acarreaban los frutos. Cuando el Marqués é Isabel llegaron á aquel punto comenzaban á caer las primeras gotas de la tempestad, que el ímpetu del viento arrojaba hacia el valle; y no teniendo tiempo para llegar á casa, se refugiaron bajo el abrigo del arco. Subieron sobre una piedra en la que descansaba uno de los lados del puente, y allí aguardaban de pie á que pasase la tormenta ó que el viento la arrojase hácia el mar. Pero á los pocos minutos oyen un espantoso ruido que salía de las profundas gargantas del valle, y al mismo tiempo ven correr hacia ellos una montaña de agua rogiza, y turbia, que aumentándose por innumerables riachuelos que se le reunían, se convirtió en un espantoso torrente. A aquella vista, Lamba se creyó muerto con su hija: miró al rededor para ver si por casualidad se presentaba alguno: las dos peñas, corridas por el furor de las inundaciones, parecían estar cortadas á plomo; ni maleza ni parte alguna saliente tenían á que poderse asir.

Lamba con vista despavorida, trató de ocultar á su hija el peligro que corrian, y apoyándose sobre el muro, ¡ayuda! gritó con vehemencia ¡ayuda! Entretanto el amenazador torrente se precipita, se aumenta, ruge entre las mismas peñas que arrastra haciéndolas chocar entre sí con un estrépito y una violencia muy fuerte, que conmovía todo el puente. Al observar Lamba tan terribles sacudimientos, apretó desesperadamente á

(1) (Véase el número 4.º pág. 25.)

Isabel medio desmayada, la levantó con un brazo, y con el otro se agarró á un tronco de árbol que pudo alcanzar, por ser de elevada estatura, gritando: *¡ Socorredme cristianos ! ¡ cristianos ! ¡ Salvad á mi hija !*

Ya habia llegado la avenida hasta la peña donde se habia refugiado Lamba, bramaba á sus pies, y á cada instante crecia amenazando arrastrar á padre é hija. Mientras el espantado Marqués lanzaba los últimos gritos, Lorenzo, que por casualidad habia salido aquel día á cazar por los mismos lugares, se habia puesto al abrigo de la tormenta en una cabaña en la que sus operarios guardaban los instrumentos de labranza. Mas oyendo aquellas voces desesperadas, salió inmediatamente, corrió al puente y gritó: *¡ Quien está allá abajo ? Soy Lamba, dijo el desventurado anciano; ¡ por caridad salvad á mi hija !* Al oír estos lastimeros gritos saltó Lorenzo como un gamo á la cabaña, llamó á todos los sirvientes que se hallaban reunidos, tomó cuantas sogas pudo encontrar, y con la misma velocidad voló segunda vez al puente; ató un fuerte barron de hierro, se puso ahorcadas sobre él, dos robustos jóvenes sostenian de la parte de arriba, y Lorenzo se lanzó hácia el sitio del peligro, y llegando donde estaba el Marqués, gritó.—Lamba, apretaos á mí.—Primero mi hija, salvad primero á mi Isabel, exclamó el infeliz. Entonces Lorenzo dió orden á otros criados para que echasen por el lado opuesto otro extremo de la sogá, y habiendolos atado bien, colocó á Lamba en ellas, tomó la desventurada jóven de los brazos del padre, apoyóla en una de sus manos, y asiéndose con la otra á la sogá, en un instante fueron los tres elevados por los nervudos criados de Lorenzo.

Salvados de tan inminente riesgo, y habiendo entrado á la cabaña, ordenó á las sirvientas cuidasen de Isabel, lleváronla á una habitacion separada, y habiéndola desabrochado, y rociado con agua fría, volvió en si de su deliquio; el Marqués bebió un vaso de vino viejo, y Lorenzo apretándole la mano y llorando de tierno placer, le dijo:—Lamba: Voy corriendo á vuestro palacio para que os traigan la silla de manos.—Y sin aguardar á que le diese las gracias, voló á la granja, é hizo que al instante partiera el coche con los lacayos.

Vuelta en si y algun tanto tranquila ya Isabel, miraba en torno suyo llena de admiracion, y preguntaba á las mugeres, donde estaba, y de que modo habia venido allí: si estaba en salvo su padre, y donde se hallaba en aquellos momentos; oida la satisfactoria respuesta de las buenas mugeres, la trasladaron á la cocinilla donde estaba el Marqués, quien apenas la vió entrar por la puerta, levantose rápidamente, corrió á su encuentro y besando su frente.—Isabel, hija mia, gritó, dá gracias á la Virgen Santísima, que milagrosamente nos ha salvado. Oh ! le ofreceremos el voto de muchas libras de cera, y haremos celebrar otras tantas misas en accion de gracias por tan señalado beneficio!—Bien, dijo: pero, ¿ de que modo nos hemos librado de un peligro tan grande ? porque yo no recuerdo sino el horrendo bramido de las aguas, las espumosas olas que me tocaban ya los pies, y el choque de las peñas, que arrastraba en sus remolinos aquella furiosa avenida.

¡ Ah ! fué Lorenzo, el hijo de D. Juan, respondió el padre, que por casualidad me oyó pedir ayuda. Yo no te sabré decir como se encontraba allí; por que puesta en salvo, y sabiendo que habias vuelto de tu des-

mayo, voló á nuestra granja para enviarnos el coche.

Lorenzo? exclamó Isabel con un rayo de alegría que se esparció por todo su semblante, Lorenzo? A Lorenzo, pues, somos deudores de la vida?

Si, hija mia: sin su oportuna y pronta ayuda, infaliblemente hubiéramos muerto: si hubiese tardado algunos momentos mas, ya no habia remedio para nosotros; por que cuando Lorenzo me ataba á la sogá, íbamos á ser arrastrados por el torrente.

Y poco despues, añadió uno de aquellos campesinos, se hinchó tan turbio, que llegó á cubrir el arco del puente; pero sean dadas gracias á Dios y á la Santísima Virgen que os ha librado.

Y á Lorenzo, interrumpió, temblando Isabel.

Llegaron en aquellos momentos los lacayos con el coche, y los condujeron á su palacio. Al dia siguiente envió Lamba cien ducados para los seis campesinos, y una genovesa de oro para cada una de las mugeres que cuidaron de Isabel; por que en ocasiones y lances de honor nadie iguala en generosidad á los Genoveses. A las diez de la mañana llamó Lamba á su hija, la tomó del brazo, y la llevó á la granja de D. Juan, donde recibidos de éste y de Lorenzo, dió al jóven las mas espresivas y cordiales gracias, diciendo á cada instante; que su hija y él le eran deudores de la vida. Lorenzo respondia á su vez con la modestia que le caracterizaba, que cien veces hubiera espuesto la suya por vidas tan preciosas, ofreciéndoseles para siempre por su atento y leal servidor. Leonor, manifestó para con Isabel una finura, y amabilidad indecibles; y con aquel puro candor que brota de una hermosa alma, se le o-

freció por su mas apasionada amiga. Jamás en toda su vida habia gustado Isabel un placer tan grande, y con nueva confianza esperaba, que el muro de bronce interpuésto hasta entonces entre las dos familias, caería por fin desde aquel dia.

Parecia á la verdad, que las esperanzas de aquella inocente joven debian en adelante satisfacer los deseos de su afectuoso corazon; pero los accidentes de la vida son tan inciertos, tan prontas las adversidades, tan rápidos los cambios del porvenir, y tan profundos los consejos del cielo acerca de los acontecimientos humanos, que con frecuencia, al alargar la mano para coger la sabrosa fruta, sobreviene un fuerte viento, que nos la arrebata; y vienen despues nuevos deseos, y pendientes siempre de aquel hilo de esperanza que lísongea las fluctuaciones del corazon, recibimos nuevos desengaños y escarmientos.

Napoleon volvía ya de Moscou, y de Smolensk, el mas numeroso ejército de que hacen memoria las historias desde los tiempos de Dario, habia perecido en su mayor parte de frio y de hambre, y su miserable vanguardia se arrastraba lánguidamente entre los hielos y nieves del Boristenes sin caballos, sin artilleria y casi sin armas. Y Napoleon á toda costa queria soldados. Desde los primeros decretos del Emperador que ordenaba la conscripcion y levás militares en las provincias imperiales de Italia, y despues en todo el reino italiano, hallábanse aterrados todos los pueblos. Italia que hacia un siglo no conocia la guerra sino por las historias, vió con sus ojos mismos los sanguinarios espectáculos de las batallas; y no habia en los campos italianos un palmo de tierra que no estuviese cubierto con el cadaver mutilado de algun guerrero

frances, aleman ó ruso; ni habia Ciudad, villa ó aldea, que no hubiese oido el grito de los heridos, y mirado de cerca todos los horrores de la guerra.

Pero las comarcas que mas habian sentido los efectos de tamaños estragos eran las de la Liguria de Lombardia y de Venecia, sobre las que se habian descargado los primeros furios de las armas estrangeras. La ribera de Génova se hallaba toda ensangrentada por las armas de Kellerman, de Scherer, de Massena y de Bonaparte; despues de la batalla de Montenote, los llanos de Italia vieron los estragos del puente de Lodi, de Casano, del Mincio, de Verona, de Arcole, de Caldiero, y de Rivoli con otros infinitos encuentros que mas adelante se descargaron sobre la misma Génova, sobre las colinas de Noví, y de Montebello y sobre las llanuras de Marengo. Estas horribles escenas de muerte y desolacion habian infundido en el corazon de las madres tal espanto, que á las primeras voces de levas, lanzaban gritos desesperados, cuyo funesto eco se repetia en todas las ciudades de Italia, en los mas apartados montes; y hasta en las mas solitarias y agrestes cabañas.

Como! decian las madres: ¿con qué no habremos llevado en nuestro seno con tanto afan nuestros hijos, ni los habremos dado á luz con tanto dolor, ni los habremos amamantado con tanta pena, y cuidado su infancia con tanta solicitud, sino para que una bala de mosquete ó de cañon nos los arrebate, ó una cimitarra úngara nos los descabece, ó las picas de los ulános los traspasen? ¿Y aquellos hijos tan hermosos si por ventura escapan del esterminio de las batallas, han de volver á la casa paterna sin ojos, ó sin orejas, ó con los brazos ro-

tos, ó con una pierna de palo? O amada juventud nuestra, sosten de los padres, delicia de las madres, amor de las hermanas, esperanza de las jóvenes de nuestra tierra, ¿conque deberas arrastrarte lejos de la casa nativa, para hacerte matar cruelmente en paises estraños, sin ver, herida ya y moribunda una persona amorosa, que te bende las heridas, te enjague el sudor de la agonía, te cierre los ojos, y te de el último beso de amistad? ¿si no es que morirás pisoteada y atropellada por los caballos, ó triturada por las ruedas, ó acribillada á balazos en algun hondo foso, ó abandonado en algun barranco! ¡O madres italianas! No está aun aplacada la ira de Dios sobre nuestros campos con los incendios de las aldeas, con la destruccion de las viñas, con el corte de los árboles, con la matanza de los animales, con la desolacion de las mieses, que aun los mismos hijos, fruto de nuestras entrañas se nos han de arrancar por una mano cruel del seno materno? Y tú, justo Señor de las misericordias, que nos has reservado para tales estragos, piensa Señor, la amargura, el dolor y la agonía de aquella dolorosa madre, que tanto te lloró, cuando te veia en las manos de tus enemigos. Aquel cuchillo que traspasó su alma, penetra tambien ahora nuestros pechos. Ten misericordia de nosotras, compadécete de nuestro dolor, aparta por tu clemencia infinita el azote de la guerra, ten piedad de tantas madres.

Y aquí las desveturadas derramaban amargo llanto, y lanzaban ayes tan desesperados, gritos tan angustiosos y crueles, que herian todas las comarcas de la Italia.

En aquellos infelices tiempos eran infinitos los subterfugios, y las astucias de que se valian los padres para

salvar à los hijos de la Consericcion, y no escrupulizaban en immolar los hijos estraños por libertar à los propios. De aquí las maledicciones, las animosidades, los odios y los rencorres; particularmente en las aldeas donde todos se conocen, donde todo pensamiento y cualquiera palabra es siniestramente espiado; y de aquí se originaban tambien las mas feroces venganzas. Y tanto era el miedo y el espanto que esparcian las batallas del gran Conquistador, que por huir de los peligros de la guerra, se herian á sí mismos, y se cortaban el dedo pulgar de la mano derecha con el fin de quedar impedidos al manejo de la espada ó del fusil, ó se arrancaban algunos dientes para no poder morder el cartucho; unos huian á los montes, otros se ocultaban en las cabernas mismas de los tigres. Pero de nada servian estas desesperadas resoluciones. La Escandinavia, á quien un historiador llama la *fábrica del género humano*, no hubiera podido suministrar bastantes hombres á las homicidas leyes de la consericcion. Se habia arreglado la *poda* de las generaciones, como se arregla la de los árboles de un bosque; no se atendia ni á la edad legal, ni á las cualidades precisas para morir en el campo de batalla; la ley era indulgentisima en esta parte, ya subiese hácia la infancia, ya descendiese á la decrepitud; los reformados reemplazados se volvian á enganchar; tal vez se obligaba á marchar al hijo de un pobre artesano, que se habia reemplazado hasta tercera vez á costa de la escasa fortuna de su padre. Ni enfermedades, ni achaques, ni defectos corporales salvaban á nadie: columnas movibles recorrian la Italia como si fuera pais enemigo, para arrebatár al pueblo sus últimos hijos. Si se levantaba un

grito general quejándose de estas estorsiones, se respondia, que los hermosos gendarmes de que se componian las columnas movibles, consolarian á las madres volviéndoles con usura lo que perdian: el hermano presente respondia del que se habia ausentado, el padre del hijo, la muger del marido; se estendian la responsabilidad á los parientes mas lejanos, y aun á los vecinos: todos y cada uno de los habitantes de cada aldea respondian *insolidum* por el conscrito nacido en ella. Se enviaban plantones al aldeano para que los mantuviera aunque fuese á costa de su propia cama, todo el tiempo que tardara en encontrar el conscrito oculto en los bosques. Los desatinos igualaban á la atrocidad. ¡Cuántas veces se reclamaban los hijos de aquellos que felizmente no los habian tenido! Se empleaba la violencia en descubrir un nombre que solo existia en las listas de los gendarmes, ó un conscrito que hacia cinco ó seis años que servia. Mugeres embarazadas sufrieron el tormento para obligarlas á revelar el sitio en que hubiesen escondido al primogénito de sus entrañas. Era tal el desprecio de la vida de los hombres, que se daba á los conscritos el nombre de *materia prima*, y de *carne de cañon*. Los proveedores de carne humana discutieron muchas veces cuanto tiempo duraba un conscrito; unos pretendian que treinta y seis meses, y otros treinta y tres; el mismo Bonaparte decia: *tengo trescientos mil hombres de renta*; pero la pérdida de hombres no era el mayor mal de la consericcion: encaminaba y amenazaba á la Europa entera á volver á caer en la barbarie: la consericcion destruia sin remedio los oficios, las artes y las letras: un jóven que debe morir á los veinte años, no puede dedicarse á oficio alguno: los di-

versos Estados, obligados á recurrir á los mismos medios para defenderse, abandonaban tambien las ventajas de la civilizacion precipitándose todos los pueblos unos sobre otros: como en el siglo de los godos y de los vándalos, habrian visto renacer las desgracias de aquellos tiempos. La conscripción, rompiendo los vínculos de la sociedad, aniquilaba tambien los de la familia. Existian todavia algunas familias ricas, cuyos hijos, habiéndose reemplazado, aspiraban á ser un dia magistrados, administradores, literatos ó propietarios tan útiles al órden social de cualquiera nacion; despues de la vuelta de Napoleon de Moscou, fueron tambien arrastrados á la general carnicería. En 1812 salió la severa ley, prohibiendo las sustituciones. Aquel decreto esparció el luto y la desolacion en el ánimo de las matronas italianas, á las que se quitaba toda esperanza de poder salvar á sus hijos. En medio de aquellas miserias se vieron muchos actos generosos de afecto fraternal; por que debiendo sufrir la suerte de soldado los primogénitos, en los que se reunia todo el amor y todo el nervio de la casa, mas de un segundogénito se ofreció á los Generales de la leva, para que les permitiesen marchar en lugar de los primeros: otras veces los primogénitos, que tenian algun hermano jóven todavia, antes de incorporarse á su batallon renunciaban á las posesiones paternas, trasladándoles los derechos de sucesion.

Este era el estado de Italia en los tiempos del imperio, y del reino Italiano. Las familias patricias, molestadas con arbitrarias vejaciones, gravadas con exorbitantes imposiciones, abolidos los fidecomisos; y por último condenados por sus conquistadores á perder no solamente los bienes de fortuna sino tambien los hijos. ¡Cuántas

madres murieron de puro dolor! ¡cuántas, contrayendo terribles enfermedades, arrastraron la vida de afan en afan temblando continuamente por sus hijos, arrancados á las delicias domésticas, á las comodidades de la riqueza, al amor de los padres y hermanas, y violentamente separados de los brazos maternales para correr á una muerte segura en las batallas! Algunas madres no pudiéndose resolverse á perder á sus amados hijos, se arrojaban á sus cuellos, y encarecidamente les suplicaban no se aventurasen á la suerte de la fatal urna, sino es que huyesen, se escondiesen, y de este modo proveyesen á su salvacion, y á la vida de su anciano padre, que lo habian educado sobre sus rodillas, y á la de la madre que lo habia alimentado con su leche.

Oponíanles los hijos que obrando de esta manera, esponían á las familias á los mas duros trabajos, á las asechanzas, á las privadas y públicas venganzas, á extorsiones, á despojos y sustos continuados; pero las madres levantando los ojos al Cielo respondian. —Hijo mio, con tal que tu no mueras, cualquier dolor me será dulce; cualquier sufrimiento será soportable al corazon de tu madre.

(Se continuará).

LA VIDA.

¿Qué es la vida del mortal?
 ¿Hay alguien que la comprenda?
 ¿Hay algún hombre que entienda?
 Lo que llamamos *vivir*?

En sus gustos, en sus penas,
 En sueños de desvarío
 ¿Hay quien no sienta un vacío
 Un misterio en su existir?

Hoy alegres y volubles,
 Como leve mariposa
 Que ora salpica la rosa,
 Después pára en un clavel:

Un mundo con cien matices
 Cestillos de hermosas flores,
 Guirnarlas de mil colores,
 Copas de leche y de miel:

Y mañana nada existe...
 Como pasa en un torrente
 Una flor que la corriente
 Arrancó de su raíz;

Como brilla en claro arroyo
 La plata y oro del pece;
 Y luego desaparece
 Con vivo y suave deslíz.

Dora apenas leve bozo
 La tez blanca y colorada,
 Y la cabeza dorada
 Se comienza á ennegrecer,

Ya no se mece en el labio

El candor de la sonrisa
 Que semeja leve brisa,
 En hermoso amanecer.

Recordamos condolidos
 Las delicias de la infancia,
 Cual delicada fragancia
 De un perfume que pasó;

O el marino que se aleja
 Ve pintada banderola,
 Que castillo alto tremola
 En la ciudad dó nació.

Es á mis ojos la vida
 Vapor de endeble candela,
 Fuego leve que revuela
 En torno de un ataud;

Es aromático aliento
 De la flor, que abre su seno,
 Que seca con su veneno
 Soplo abrasado del Sud.

Vuelan en torno del hombre
 Mil pintadas mariposas,
 Lucen sus alas donosas
 Hermosura sin igual;

Las coge el hombre cual niño,
 Cierra afanoso la mano
 Y al abrir de polvo vano
 Encuentra inmunda señal.

¿Qué se presenta en la tierra
 Sino montones de abrojos,
 Desperdiciados despojos
 Que á la orilla arroja el mar ?

Si no un reptil que deslumbra
 con su matiz fementido,
 Y que endulza su silvido
 Para mejor hechizar ?

Es el hombre un hondo arcano
 Que aparece aqui en la tierra,

Fragil máquina que encierra
Una centella eternal.

Lanza un acerbo quejido,
Llanto es su primer acento,
Mezclado con el lamento
Del padecer maternal.

Llora, llora inconsolable,
No le acallan en su llanto
Ni las caricias, ni el canto,
Blando arrullo del amor.

¡Triste destino del hombre
El nacer con amargura,
Y vivir en desventura,
Y morir en el dolor!

¡Y pasar como una sombra
Sin dejar aquí su huella,
Como pasa la centella

Que en el ayre se inflamó;
Vapor leve que despide

Fugaz y vivo reflejo,
Vana imagen que el espejo
Un momento retrató.

Tú mortal que por la tierra
Peregrinas anhelante,
Emplea bien ese instante
Que peregrinas aquí.

Arriba tu corazón;
Dirige arriba tu vuelo;
Que tu puerto está en el Cielo;
Tu bien, tu Dios esta allí.

Sabido es que Neuton fué el que descubrió las propiedades, y esplicó la naturaleza de la luz; hizo la anatomía del rayo de luz que parece indivisible; como tambien que dió esplicaciones mas satisfactorias sobre todos los grandes fenómenos de la naturaleza. Aludiendo à esto, he aqui el epitafio inscrito sobre su tumba en la Abadía de Westminster.

ISAACUS NEWTONUS
 QUEM IMMORTALEM
 TESTANTUR TEMPUS, NATURA, COELUM;
 MORTATEM
 HOC MARMOR FATETUR.

La naturaleza y las leyes estaban ocultas en el seno de la noche: Dios dijo; *que Neuton sea*, y apareció la luz.

Pensamientos diversos.

La modestia siempre produce buenos efectos; el que no tiene grandes aspiraciones, vive tranquilo; por el contrario, el presuntuoso, continuamente está violento por aparecer lo que no es.

Jamas el hombre debería avergonzarse de confesar, que ha errado ú obrado mal; por que haciendo esta confesion es como si digera, que es mas sabio hoy que ayer.

Nuestras pasiones son como accesos de fiebre ardiente: aunque dan mas fuerza en el momento del acceso, despues debilitan mas.

Lo que Ciceron decia de la guerra, puede aplicarse á las disputas. La guerra no debe proponerse otro objeto que el de asegurar la paz. Pero generalmente los disputadores son como

los cazadores, cuyo placer está en perseguir la caza.

Los que siempre están ocupados en observar las acciones ajenas, se parecen á aquellos que siempre están fuera de su propia casa, y que van á la del vecino y la gobiernan, mientras se arruina la suya.

Los viejos que echan de menos los tiempos pasados, intentan persuadirnos, que en los dias de su juventud no habia necios ni tontos; pero ellos son una prueba de lo contrario.

Es imposible que un hombre de mala condicion y de índole depravada ame el bien público; por que, cómo ha de amar á catorce millones, el que á nadie ama?

El inmenso gentio que corre á la capital es como la afluencia de los espíritus animales al corazon: es una señal

de que el cuerpo está en peligro, que está amenazada la constitucion. Si afluye con abundancia ó viciada la sangre, corre peligro la vida.

Hay algunas almas tan pequeñas, que se parecen á las botellas de cuello estrecho; cuanto menos líquido contienen, mas ruido hacen al derramarse.

Hay muchos necios, que introduciéndose en las conversaciones, experimentan los efectos que experimentan los que visitan las colmenas: generalmente son picados del aguijon de la abeja por su inconsiderada curiosidad.

Seccion 5.^a

REVISTA CONTEMPORANEA.

No ha mucho tiempo, que en uno de los establecimientos de baños de Suiza se hallaban juntos muchos católicos y protestantes; habia entre estos un Ministro, que procuraba sorprender la buena fe de los católicos con aquellos medios propagandistas, que los Ministros protestantes no escrupulizan poner en juego.

Algunos sacerdotes católicos afeaban el proceder tortuoso de los protestantes; en su consecuencia se convino de las dos partes en tener una discusion pública en presencia de los que quisieran asistir. Tubo lugar la disputa entre cuatro sacerdotes católicos, y otros cuatro protestantes. Entre aquellos se hallaba el señor Mermillot Vicario de Ginebra, y escritor de *los anales católicos*. Dió principio la con-

troversia proponiendo los protestantes sus dificultades contra los católicos, á las que contestaban estos. Al dia siguiente debia continuarse la discusion; y tocaba á los católicos proponer sus dificultades; pero los protestantes faltaron á la solemne palabra que habian dado; y despues que ellos oyeron las respuestas satisfactorias que los católicos habian dado á sus argumentos; no se atrevieron á oír las objeciones de los católicos, á que sabian bien no podrian contestar. No contentos con esto, aun faltaron á su palabra en otro punto. Habíase convenido, que nada se publicaría acerca de la disputa; pero uno de los Ministros protestantes, el señor Bungener (autor de un libelo titulado *la Mariolatría*) publicó la falsa relacion de la controversia; para confundirlo, el Sr. Martin cura de Ferney y uno de los cuatro sacerdotes que á juicio de los asistentes habian venido á los protestantes, escribió á su vez un hermoso opúsculo con el título de *Relacion verídica de una conferencia entre cuatro Sacerdotes y cuatro Ministros Protestantes*. Demuéstrase hasta la evidencia en este opúsculo la derrota de los Ministros en la disputa, no menos que su mala fé.

La sagrada congregacion de Ritos promulgó el 23 de Agosto de 1856 un decreto, por el que se hace estensiva á todo el orbe católico la fiesta del sagrado corazon de Jesus, segun las súplicas hechas á S. S. por muchos obispos de Francia.

Las ofertas para la Iglesia católica que se ha de edificar en Berna ascienden ya á mas de cien mil francos. Entre los suscritores figuran N. S. P. Pio IX por 21,518: el Emperador de Austria por 4,950: y el Emperador de Francia por 4,000.

Se ha hecho por fin justicia al ilustre Obispo de Ginebra Sr. Marilley. Ha vuelto á Friburgo el 19 de Diciembre pasado; y ha vuelto en medio de tales fiestas, aclamaciones, iluminaciones y otras demostraciones de alegría, que bien puede decirse que su viaje ha sido un verdadero triunfo. Sobre todas las montañas se habian encendido hogueras; todos los habitantes se reunian en los caminos que recorría el Obispo. Fué una verdadera ovacion, ovacion que honra igualmente al Obispo tan amado de su grey, y al pueblo cuya constancia ha sido coronada con tan feliz exite.

Los gastos que Napoleon III ha hecho en 1856 para obras piadosas, suman seis millones trescientos sesenta y un mil, y cuatrocientos veinte y un francos. De esta cantidad, 62,500 para los pobres que sufrieron pérdidas á causa de las inundaciones: 145,532 para obras piadosas por medio del limosnero mayor; 20,000 para la educacion de niños pobres: 230,000 para el restablecimiento de Iglesias.

Segun el protocolo firmado por las potencias reunidas últimamente en Paris, la nueva frontera que ha determinado para la Rusia, seguirá el valle de Trajano, hasta el rio Jalpouk dejando Bolgrad y Tobac á la Moldavia. La Rusia retendrá á Komrat con un territorio de 33 werstas cuadradas. La isla de las serpientes será considerada como una de las dependencias de las bocas del Danubio. Los territorios que están al oeste de la nueva demarcacion, serán agregados á la Moldavia, fuera del delta del Danubio, que volverá á ser posesion de la Turquía. El dia 30 de Marzo es el señalado para el cumplimiento de la demarcacion, y los Austriacos è Ingleses deberán respec-

tivamente evacuar los Principados Danubianos y el mar negro.

Con el mas vivo placer comunicamos á nuestros lectores, que son muchisimas las conversiones que diariamente tienen lugar en Jerusalem. El Sr. Carlos Mauricio, natural de Ros-savin en el Reino de la Sajonia, fluctuaba hacia mucho tiempo entre el error y la verdad. Habiendo tenido necesidad de ir á Jerusalem, enfermó en el hospital dirigido por las hermanas de S. José, y al ver su ardiente, y desinteresada caridad, fue vivamente inspirado por la gracia de Dios. El dia 27 de Setiembre último hizo su pública abjuracion. A esta conversion siguió la del Prusiano Carlos Weiss, quien hallándose por casualidad en el Seminario, entró en la misma capilla, donde se hacia la abjuracion; la solemnidad de la funcion, y los motetes que se cantaban en la misa que celebraba el Patriarca, lo hirieron, y conmovieron; juntamente con este se bautizaba una negra del servicio de un católico.

Son muchisimos los coftos que en Jerusalem abrazan el catolicismo. En Lidda el P. Aldebrando Miror, obispo de Metalica ha abierto misiones para la conversion de los griegos cismáticos con tan buen efecto, que mas de treinta familias han abjurado sus errores. En todos los pueblos circunvecinos se nota grande movimiento hacia el catolicismo.

Editor responsable:

D. Juan Crisóstomo Arroyaga.

LOGROÑO:

Imprenta de D. Domingo Ruiz.
Calle de la Plaza frente á Portales
núm. 34.